



## Adoración Nocturna Española

Consejo Nacional

Diciembre 2004

### La Iglesia del cielo

*La esperanza de la vida celeste*

—«Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque le ven “tal cual es” (1 Jn 3,2), “cara a cara” (1Cor 13,12; Ap 22,4)» (Catecismo 1023). ¿Cómo es el cielo?...

—Es imposible para el hombre en este mundo imaginar siquiera la gloria de «las moradas eternas» (Lc 16,9), la feliz hermosura de la Casa del Padre, pues «ni ojo vio, ni oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor 2,9). Pero, en todo caso, Jesús nos revela las maravillas del cielo con algunas imágenes:

+el cielo es un premio eterno que han de recibir los que permanezcan en Él; es «la corona perenne de gloria» (1Pe 5,4; +1Cor 9,25); es un tesoro inalterable, ganado en este mundo con las obras buenas (Mt 6,20).

La felicidad celestial es tan inmensa que no guarda proporción con los sufrimiento de esta vida, pues «nuestras penalidades momentáneas y ligeras nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa desmesuradamente» (2 Cor 4,17; +Rm 8,18).

+el cielo es como un convite de bodas (Mt 22,1-14), donde Cristo se une a la humanidad como Esposo, y en el que se bebe el fruto de la vid (26,29). Lo que ahora se anticipa en la Eucaristía, se realizará entonces plenamente, cuando vuelva el Señor, en una Cena festiva.

Él mismo entonces servirá a sus siervos fieles, que serán dichosos (Lc 12,35-38); él hará «entrar en el gozo de su Señor» al servidor que hizo rendir bien los talentos (Mt 25,21-23). Entonces, las vírgenes prudentes entrarán con él a las bodas, y se cerrará la puerta (25,10).

+el cielo es «la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén» (Ap 21-22), el término de nuestra peregrinación en la tierra. El apóstol San Juan nos revela que es como una Ciudad sagrada, un ámbito glorioso, lleno de la Presencia divina, donde ya no hay lugar para el llanto, el trabajo, el dolor y la muerte. El cielo es, pues, «el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25,34. 46).

Esta Ciudad sagrada está rodeada por una muralla que lleva los nombres de los doce Apóstoles. No hay en ella iglesias,

pues toda ella es un Templo. No hay en ella lámparas, pues el Cordero es su luz, y la gloria de Dios lo ilumina todo.

+el cielo es la vida eterna. Esta parece haber sido la palabra preferida por Jesús y los Apóstoles para hablar del cielo. En los evangelios sinópticos el justo está destinado a «entrar en la vida», a recibir «la vida eterna en el siglo futuro» (Mc 9,43. 45. 47; 10,17. 30). Ahora, por la fe, «el que cree en el Hijo tiene la vida eterna» (Jn 3,36). Pero entonces, por la visión, «seremos semejantes a él porque le veremos tal cual es» (1Jn 3,2).

+el cielo es estar con Cristo. El mismo Jesús revela que el cielo para el hombre es estar con Él. «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43).

«Si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20). «Cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo, estéis también vosotros» (Jn 14,3).

San Pablo, en este mismo sentido, dice: «Deseo partir y estar con Cristo» (Flp 1,23). «Preferimos salir de este cuerpo para vivir con el Señor» (2Cor 5,8). «Así estaremos siempre con el Señor» (1Tes 4,18).

—Los justos, ya en el cielo, son bienaventurados, son felices aún antes de la resurrección de los cuerpos, que se producirá en la parusía, al fin de los tiempos, cuando vuelva Cristo en toda su gloria.

—Y en la felicidad celestial hay grados diversos. «En la casa de mi Padre hay muchas moradas», dice Jesús (Jn 14,2), y aunque todos los justos serán en el cielo plenamente felices, unos lo serán más que otros, porque una mayor caridad les habrá hecho capaces de un gozo mayor. En efecto, el Señor «dará a cada uno según sus obras» (Mt 16,27).

El concilio de Florencia (1439) declaró que los bienaventurados «ven claramente a Dios mismo, Trino y Uno, tal como es; unos sin embargo con más perfección que otros, conforme a la diversidad de los merecimientos». Y Santa Teresa

decía que en el cielo «cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan grandísima diferencia de gozar en el cielo» (Vida 10,3).

—Comentario y meditación. ¿Nos acordamos del cielo, pensamos en él, somos conscientes de que «nuestra ciudadanía está en el cielo» (Flp 3,20), y de que en esta tierra «somos peregrinos y exilados» (1Pe 2,11)? ¿Ordenamos las cosas del tiempo presente pensando siempre en que nos conduzcan al reino celestial?

